

„ à sus pasiones, desde que os llegueis à él y le di-
 „ gais al oído : eso lo prohíbe la razon ; la Filosofía
 „ condena esas torpezas. Sin duda, buenos Filóso-
 „ fos, yo me vuelvo à mi proposicion: vosotros erais
 „ merecedores de que se os quitára de este mun-
 „ do y se os encerrára en uno dorado ; ò que se os
 „ diera à vivir la edad de los Poëtas. Entonces sin un
 „ Juez armado , sin una ley severa y amenazadora,
 „ sin el miedo del hierro ni del fuego los hombres de
 „ oro colado hacian cosas hazañosas y heroycas de
 „ virtud; ni aun por sueño pensaban en obra illicita.“

*Aurea prima sata est ætas, que vindice nullo,
 Sponte sua, sine lege fidem, rectumque colebat;*

Ovid. Me Poena, metusque aberant ; neque verba minan-

tiam fixo

Ære ligabantur : nec suplex turba timebat

Judicis ora sui, sed erant sine iudice tuti.

„ Pero desde que en lugar de la modestia y de
 „ la moderacion se introdujo la ambicion y la im-
 „ placable sed del oro ; desde que (gracias à vuestros
 „ discursos) la naturaleza se desnudò del pudor,
 „ y se adorna con la torpeza y con la indecencia:
 „ desde que el deleyte arrastra con todos los res-
 „ petos divinos y humanos, debeis callar: porque
 „ vuestra razon y vuestra Filosofía es una fabula
 „ de entretenimiento : *sin ley* no se guarda fé, *sin*
 „ *penas* no hay justicia, y *sin Juez armado* nadie está
 „ seguro.“ Luego faltando estas fuerzas en la Fi-
 „ losofía se infiere que era necesaria para perfeccionar
 „ nuestra voluntad una Religion revelada de Dios,
 „ como la de Jesu-Christo.

Además del defecto de sancion que padece la
 „ Filosofía para obligar, está no menos falta de mo-
 „ ti-

XXIV.
 No siendo la Fi-
 losofía suficiente
 para enmendar
 à los hombres, se
 infiere la necesi-
 dad de la Reli-
 gion de Jesu-
 Christo.

tivos para excitar. Si conoció y habló del fuego
 eterno , fue tan friamente como de un fuego pinta-
 do. Pero de esto , y de la ineficacia de sus lecciones
 diremos en el articulo siguiente.

ARTICULO II.

*AUN QUANDO LA FILOSOFIA HUMANA
 tubiera sancion y motivos para obligar exteriormente
 à la virtud , seria todavia insuficiente ; y necesaria la
 revelacion de Jesu-Christo para obligar y mover
 interiormente à nuestras voluntades
 rebeldes.*

ME dirán que los Filósofos pueden vivir bien
 sin necesidad de leyes ; y que en caso de
 haber esta necesidad, ellos las han sabido dar à los
 pueblos. De los Filósofos verdaderos bien se pue-
 de conceder algo de esto. Pero de la Filosofía mun-
 dana , de que ahora se trata, nada es mas distante.
 En otro lugar hacemos comparacion de todas las
 leyes que dictaron los Filósofos y los Sábios del
 Gentilismo con la ley de Jesu-Christo ; pero no
 hay un contraste mas capáz de confundir y llenar
 de vergüenza à la Filosofía mundana. A veces no
 apartaba de un vicio , sino provocando à otro : y
 al fin , los dejaba todos mas consentidos y tyranos
 del corazon del hombre. Si pudieramos penetrar
 desde aqui por entre las tinieblas que envolian al
 mundo quando vino Jesu-Christo , vieramos con
 asombro el estado de abominacion que tenian to-
 dos

XXV.
 Las leyes dicta-
 das por todos los
 Filósofos estaban
 afeadas con mil
 licencias, torpe-
 zas é inhumani-
 dades.

dos los Reynos, Imperios y Naciones de la tierra. Aun las que se llamaban sábias, y cuyas leyes eran hechas por los Filósofos mas célebres, no podian gloriarse de que tenian costumbres, ni algun gusto de verdadera virtud. En Lacedemonia, en Athenas, en Roma, y aun en la República que habia imaginado Platon, se veían servir de leyes unas máximas brutales y deshonestas. El modo de impedir el adulterio, era hacer comunes à las mugeres; ò si no, el lenocinio, prestandose las unos à otros. La humanidad lloraba por quasi tantos hijos *expuestos* à la muerte, como eran los nacidos. Criabanse en comun los que escapaban de esta calamidad y vivian sin conocerse unos à otros, ni à sus padres: para que no hubiese lugar ni à la piedad, ni al agradecimiento, y la hubiese al incesto, que era muy ordinario.

Pero no hago pie en esto: doy que hubiesen promulgado unas leyes santas y perfectas à las Naciones. Permitoles que sus máximas no hubieran admitido alguna cosa contra la razon, ni contra la honestidad, ni contra Dios, ni contra el prógimo: permission bastante ampla: porque aun la ley dada por Dios à los Hebréos, dejaba lugar à muchas imperfecciones y vacíos, que vino à llenar Jesu-Christo. Pero por dejar mas fuerza al argumento, les concedo que sus leyes fuesen tan buenas como lo que tiene de preceptivo la Religion Cathólica: que mandasen amar à Dios con todo su corazon, con todas sus fuerzas, y con toda su alma: que el amor del prógimo fuese como el de cada uno mismo; y que ninguno quisiese para otro lo que no quisiera para sí: que con esto condenasen todo agravio, todo hurto,

toda mentira, toda usura; finalmente, todo pecado, y aun el consentimiento ò la complacencia interior de qualquier pensamiento menos honesto.

Que además de prohibir todo lo malo, mandáse la Filosofia todo lo bueno; el amor à Dios y à los prógimos ordenadamente; la pureza del alma y cuerpo; el desinterés de todas las cosas terrenas, y aun de la gloria humana; la misericordia con los afligidos, enfermado con ellos, quedandose pobre por ellos, y hasta dandose cautivo en lugar de ellos; la estimacion por la verdad y por la justicia hasta morir por ellas, sin dejarse manchar con la infamia de una torpe disimulacion ò de una mentira; la contemplacion de las cosas celestiales, y el egercicio continuo de una Filosofia la mas racional.

Parece que no se puede conceder mas à la razon humana, aun quando no tubiera enfermedad, ni hubiera contraído mancha por el pecado original: porque ésta sería la ley natural en su pureza. Pues aun quando una razon elevada sobre todo el mundo bajáse con unas tablas semejantes, y se las promulgáse è hiciese saber suficientemente à las naciones, ¿bastaría esto solo para que ellas ordenasen sus deseos, y aspirasen à la virtud por medio de tan santas leyes y preceptos? La experiencia puede responder à esto mejor que todos los discursos.

Un hecho semejante nos dió à ver el pueblo que se reservó Dios de entre todas las naciones. Lo sacó de Egipto, lo condujo por medio del mar, y lo traía por el desierto como à un niño delicado. Subscitó en medio de Jacob sus Profetas y testimonios, y dió à Israél el depósito de su ley. Una ley, que no pedia tanto de ellos; pues estaba medida à

XXVI.

Se olvidan por un instante todas estas falas, y se permite que hubiera ordenado tantas máximas perfectas como la Religion Christiana.

XXVII.

La experiencia del Pueblo escogido prueba que no basta oír buenas leyes.

la estatura de un muchacho débil, como se contemplaba Efrain. Promulgóles dicha ley con muchos prodigios que hizo en Egipto (1) y en el campo Taneos. Interrumpió el mar, y recoció las aguas à una parte y à otra como en una piel. Los guiaba de dia bajo una fresca nube, y toda la noche los iba iluminando con la columna de fuego que les antecedia. Con todo esto, y muchos mas beneficios y prodigios con que se les dió la ley santa, se quejaban de ella como de un yugo que ni sus padres ni ellos mismos podian soportar. Se mostraron siempre, como dice un Psalmo, à modo de una generacion perversa y exâsperante, que no dirigió su corazon à Dios, ni su espiritu mereció estar en crédito para con él. Ni guardaron el testamento del Señor, ni quisieron andar en su ley. Se olvidaron de sus beneficios y de todos los milagros que hacía con ellos. Mientras que los castigaba lo buscaban, y à la mañana venian à él. Le amaban con la boca, y le mentian con su lengua: pero su corazon no fue recto para con Dios, ni fueron hallados fieles en su testamento (2).

XXVIII.
No pecan tanto los hombres por la ignorancia del entendimiento, como por la perversidad de la voluntad.

La causa de esta poca ò ninguna virtud de Israël era, además de su malicia, la ineficacia que tenia la ley, por santa que fuese, para sanarlos. Es de saber, dice el Padre Granada (3), que una tan grave dolencia no se cura solamente con la doctrina de la virtud: porque no pecan tanto los hombres por la ignorancia del bien ò del mal, como por el desorden de su apetito: por donde dijo un Poëta: *Veo lo mejor, y lo apruebo; mas con todo eso sigo lo peor.*

(1) Psalm. 77. v. 12. (2) Ib. v. 10. 11. 34. 35. 37.

(3) El P. Fr. Luis de Granada, introduccion al Symbolo, p. 2. cap. 6. §. 1.

„ Lo que es en tanto grado verdad (añade) que la
 „ misma ley de Dios dada en el monte con tanto
 „ aparato, y sobre todo, con tan magnificas prome-
 „ sas para los guardadores de ella, y tan terribles
 „ amenazas para los quebrantadores, fue tan poca
 „ parte para reformar las costumbres de aquel pue-
 „ blo à quien se dió, que de doce Tribus que eran,
 „ los diez se apartaron despues de la muerte de Sa-
 „ lomón del culto de Dios, y se entregaron al de los
 „ Idolos; ... y los dos que quedaban, no escarmen-
 „ tando en cabeza agena, siguieron los mismos pa-
 „ sos de los otros, y por esto fueron llevados cau-
 „ tivos como ellos. La razon de esto, es, porque
 „ la ley escrita no hace mas que alumbrar el enten-
 „ dimiento para conocer el bien y el mal; pero ni
 „ me dá amor de ese bien, ni aborrecimiento de ese
 „ mal. Alumbrá mi entendimiento, mas no sana
 „ mi apetito. La dolencia está en una parte; mas la
 „ ley, que es la medicina, está en otra. La ley me
 „ enseña el camino del Cielo, mas no me dá fuer-
 „ zas para andarlo. Poneme el manjar de la buena
 „ doctrina delante, mas no me dá gana de comerlo.
 „ Y no solo no bastaba aquella ley escrita para curar
 „ la dolencia de nuestro apetito (que es el atizador
 „ de los pecados), mas en parte la acrecentaba: por-
 „ que es tal su naturaleza, que la prohibicion de
 „ las cosas le acrecienta mas el deseo de ellas. Y así
 „ dijo aquella mala muger en los Proverbios (1): lo
 „ que se bebe à hurto es mas sabroso; y el pan que
 „ se come en escondido, mas suave. “

F 2

Se

(1) Proverb. 9. v. 17.

XXIX.
Aun revive la
codicia de lo ma-
lo por la ley
buena.

Se funda esta doctrina en la de San Pablo cuando dice à los Romanos (1): „ Sin la ley estaba „ muerto el pecado. Algun tiempo vivia yo sin ley; „ pero desde que vino el mandato revivió el peca- „ do : porque éste , tomada ocasion de la ley , me „ sedujo , y por él morí. “ Y porque no pareciese que el Apóstol condenaba à la ley escrita , ò le atribuía los delitos del pueblo , añade: „ ¿Qué pensamos „ decir con esto ? ¿ Hacemos pecado à la ley ? Ni „ se imagine. Pero el pecado tomó ocasion por el man- „ dato , y obró en mí toda concupiscencia (2). Y así „ la ley es realmente santa , y el precepto santo , „ justo y bueno. “

XXX.
Es necesario sanar à nuestro corazon segun prometia Dios.

Todo esto prueba , que aunque nuestra razon llegue à estar perfectamente instruída del bien y del mal , no tendrá por eso todo lo suficiente para amar lo primero y aborrecer lo segundo. Es todavia necesario sanar al corazon. ¿ Y es posible esto à los Filósofos , aunque su sabiduría , su insinuacion , su eloqüencia creciera siete veces sobre la eloqüencia y la sabiduría secular ? Esto es lo que no han considerado los nuevos Pseudo-apóstoles de la naturaleza y razon humana. Solamente Dios entra en nuestro corazon. Su mano es la que puede sanarlo y mudarlo en otro nuevo. Conforme à esta verdad decia el mismo Dios por un Profeta : Vendrá tiempo , en que haré un nuevo pacto y concierto con la casa de Judá y de Israel ; no como aquel que hice con sus padres , quando los saqué de la tierra de Egypto. Esta nueva alianza consistirá (3) en que pondré mi ley en sus

co-

(1) Ad Rom. cap. 7. v. 8. 9. (2) Ibid. v. 7. 8. 12.
(3) Jerem. cap. 31.

corazones , y la escribiré en sus entrañas , y serán los hombres enseñados por Dios.

Estas promesas se cumplieron en Jesu-Christo: por él nos fue dado el espíritu de toda verdad , y juntamente fue derramado el mismo espíritu de santidad en nuestros corazones. La repentina mudanza que hizo esta venida en los primeros Christianos fue tan brillante , que Jerusalén , aquella Ciudad rebelde , quedó muda y atónita al oír las grandezas de Dios , que hablaban y obraban unos hombres , poco antes tímidos y medio rudos. Cerró Dios la boca de los que hablaban cosas iniquas : y los collados soberbios del siglo se abatieron allí , debajo de los caminos eternos de su Divinidad.

La misma asistencia del Espíritu Santo subsiste en la Iglesia , segun las promesas de Jesu-Christo. Su gracia , dice San Agustin , hace continuamente en nosotros no solo que la razon conozca lo que debe obrar , sino tambien nos pone facil y suave la obra buena (1) conocida , y dá virtud para que la hagamos. Ni solamente inclina à que creamos las cosas que deben amarse , sino tambien que amemos las verdades creídas.

Con gran facilidad se hacen las cosas que se aman. Trabajos insuperables vence el hombre quando vá con la corriente de su voluntad y de su gusto. Y esto fue lo que acabó en nosotros la gracia de Jesu-Christo. Lo que antes se miraba con horror , se comenzó à ver con amor y aun con placer. Lo que se hacía por miedo , se hace ya por gusto y con de-
ley-

XXXI.
Se cumplió todo en Jesu-Christo dandosenos el Espíritu de verdad , y el de santificación.

XXXII.
En la Iglesia Católica dura este espíritu y esta division de gracias.

(1) D. August. de Grat. Christ. contr. Pelagian. cap. 11. Gratia agit non solum ut facienda noverimus , verum etiam ut cognita faciamus ; nec solum ut diligenda credamus , verum etiam ut credita diligamus.

leyte. ¿Había antes cosa mas triste y repugnante, que sufrir las calumnias y las costumbres? Pues desde que este espíritu ò gracia ablandó la rigidéz del corazon, y mudó la inclinacion de su corriente, se consolaban los Apóstoles en sus tribulaciones, e iban llenos de gozo quando habian sido dignos de padecer contumélías por Jesu-Christo.

Estos hechos fueron notorios y comunes, y aun lo son en el dia: no importa que los impíos y Filósofos carnales no entiendan este language, ni tengan gusto del Espíritu Santo, de quien apenas habrán oído hablar. Son innumerables los experimentos en estas cosas, y à ellos debemos creer. Muchos se habian cansado antes en querer satisfacer su corazon con darle todo lo que pedia: pero no habiendo hallado paz, ni una noche de reposo, en el camino de sus pecados, hallaron despues en el camino de la cruz un placer y gozo que anegaba hasta las pasiones.

§. II.

No se contentó Jesu-Christo con haber enseñado estas cosas para una sola generacion, ni haber obrado tales mudanzas por una sola vez. Su asistencia, aun real, durará en la Iglesia hasta la consumacion de los siglos. Dejó además de esto un Ministerio perpétuo, que hace siempre en su nombre, y con su autoridad, lo mismo que él hizo. Estableció juntamente muchos Sacramentos, segun que son muchas las divisiones de las gracias por donde se comunica un mismo espíritu. Primero se dá por la participacion de una semejanza de su natraleza, y nos hace hi-

XXXIII.
Estas gracias se derivarán perpetuamente por los canales de los Sacramentos

hijos. Esta adopcion la obra en el bautismo, dando por su palabra al agua natural una fecundidad sobrenatural: asi como en el principio se la daba en otro orden para tantas producciones nuevas de vivientes naturales. De estas fuentes salen los hombres lavados de la lepra mortal del pecado, sin quedar en ellos algun resto de condenacion.

Pueden con todo eso ser vencidos y atraídos por su concupiscencia, que resta en ellos para la lucha. Y previniendo aquel Dios, que es el verdadero amador de los hombres y el que los conoce, estas necesidades y flaquezas humanas, nos proveyó de otros Sacramentos, que son remedios subsidiarios. La penitencia es una segunda tabla, que halla el hombre à mano, aunque (1) setenta veces siete, ò innumerables veces haya vuelto à hacer naufragio su inocencia. No hay en este Sacramento penas terribles que temer, ni la infamia, ni la confusion pública, ni cosas obscuras, como en los mysterios de Ceres Eleusina. No descubrimos aqui nuestro corazon à un vano *Hierophanta*, que no tiene algun carácter ni virtud para sanarlo; sino à un Sacerdote del Dios altísimo, que tiene su potestad para decir, no en un caso particular como Natán, sino en todos y à toda clase de personas: *El Señor trasladó tu pecado* (2).

Conocia tambien Dios en nosotros otra necesidad respecto de la profesion de la verdad. El hombre, ya por flaqueza y miedo, ya por condescendencia, dice muchas veces con la boca lo que no siente en su corazon; y otras muchas veces la verdad que cree

XXXIV.
En cada uno se provee à varias de nuestras necesidades, y en todos à todas.

(1) Matth. cap. 18. v. 22.

(2) Lib. 2. Reg. cap. 12. v. 15.

cree en su corazón no se atreve à confesarla con la boca. No pensaron los Filósofos en sanar de estas flaquezas à los hombres. Por el contrario Platon, Epicuro, y todos los otros enseñaban la máxîma de conformarse con la idolatría del pueblo, aunque conociesen su error. Ellos mismos tenían la mengua de postrarse ante los Idolos de que se reían, y no hacían algun caso de ellos ni de su bajeza en secreto. Todo esto era por miedo del pueblo, cuya gloria captaban, lejos de procurarle su salud. Pero en la Religion Cathólica se detesta esta torpe condescendencia. Se nos manda confesar con la lengua para nuestra salvacion lo que creemos con el corazón para nuestra justificacion. Como esta confesion pide una fortaleza que es sobre nosotros mismos; para que tengamos la virtud suficiente se nos dá al Espíritu Santo por la impresion de la Cruz y la uncion del Chrisma sagrado; que nos hace osados para entrar en conflicto con todas las potestades del mundo, y llevar de él (1) esta victoria que dá la fé.

Semejante municion ò escudo se nos administra en otro aceyte (2) de salud instituido para los enfermos. En esta ultima uncion no se nos arma principalmente para luchar contra las potestades visibles, ò contra la carne y la sangre; sino contra los enemigos invisibles, que son mas fuertes y mas sagaces que todos los otros contrarios. Esto aleja muchas veces la muerte aun del cuerpo; ò al menos

(1) 1. Joan. cap. 5. v. 4.

(2) No es aquí el lugar de hacer sumas de Sacramentos, ni de dar las definiciones adecuadas de cada uno; sino se significan por alguna de sus partes principales, por una figura retórica, como se hace muchas veces en la santa Escritura y Padres.

no la deja llegar sin mudarse primero de fiera en suave, de triste en alegre, y de horrorosa en preciosa.

Mas porque son varios los trances de la vida, y larga la carrera del hombre; para que éste no desfalleciese en su camino, se le dá cada dia un alimento lleno de vida y de espíritu. Háblo del Sacramento del Altar: mysterio duro y cerrado para los curiosos, y desabrido para los carnales; pero region abierta, fertilísima, y llena de placeres para los que entran por ella con fé y reverencia. Los falsos Filósofos y los Naturalistas, que no estiman sino lo que ven, querrán que se les muestren estas cosas sin entrar en ellas. Pero mas conforme à razon dirian que era primero entrar, y despues ver lo que dentro se guarda. *Gustad, y vereis.*

Mas si ellos se contentan con murmurar desde afuera, los que se asientan entretanto à la mesa y consideran, comen y se alegran con un gusto, que no es de alguno de los sentidos. Porque no es vino, ni leche, ni harina, sino lo que por estas especies se significa y se ofrece. Aquí se experimenta que además de los sentidos de afuera, tiene el hombre otro mas vivo y suave. Este gusta de lo que el ojo no puede ver, ni el oído oír, ni entró jamás en el corazón humano. Quizá el subtil Locke hubiera encontrado aquí aquel otro sentido que echaba menos en el hombre. ¡Qué necesidad es tan indigna de un Filósofo! negar por un sentido lo que es de la esfera de otro! Aun quatro sentidos juntos no pueden informarnos de lo que pertenece al otro sentido, que es el quinto. ¿Un ciego podrá negar ni disputar de los colores por el tacto, gusto, olfato, ò oído? Se-

rá ciertamente un loco, si quiere enseñar à todos los otros hombres que ven, acerca de la substancia de la luz, disuadiendolos de las nociones que tienen de ella. Pues si quatro sentidos no pueden disputar sobre lo que es propio de uno solo, ¿por qué podrán tampoco cinco, todos corporales, informarnos sobre el placer, que es peculiar de un sentido diverso, y es todo espiritual?

Pero al fin no importa que se vayan escandalizados todos los que sienten dureza en esta palabra: entretanto se vé que Jesu-Christo proveyó abundantemente de estipendios y subsidios à quantos quisiesen militar en su Iglesia. No hay alguna necesidad ò flaqueza en el hombre, que no esté prevenida en esta Religion santa. No pudo hacer mas el que todo lo puede, que darse à sí mismo. Diónos al fin su carne y sangre, no de un modo sangriento y carnal, como lo vemos, sino de un modo sóbrio, purísimo, y del todo inefable. Bien ven que nuestras santas mesas no se manchan con la destemplanza ni con la gula. Nada hay mas distante de aquel convite, que la embriaguez del vino, la voracidad de la carne, y toda *crapula* ò dureza de manjares. No hay alli el horror de la sangre humana, ni se masca la carne de los infantes, como interpretaba la ciega Gentilidad, y la bárbara Filosofia. Todo es alli celestial, y aun los sentidos del cuerpo se hacen espirituales. Nada podía inventarse mas grande y mas eficaz para sanar al hombre de todos sus males. Si las pasiones no mueren, son al menos aligadas y adormecidas para que no nos turben. Como las viboras son embriagadas, y detenidas en el vino, asi las serpientes de las pasiones son alli sabiamente en-

cantadas por aquel celeste veneno ò hechizo. ¿Qué tiene toda la Filosofia ni la razon humana que darnos en lugar de este Sacramento? ¿Su insensibilidad Estoica? ¿Los entusiasmos y mareos de cabeza de los Pythagóricos? ¿Los placeres sensibles de los Epicureos? ¿Y sobre todo la miserable gloria en que se embriagaban para sacrificar al pueblo todas sus cosas? Eran ciertamente muy vanos todos estos remedios, para establecer la virtud en el mundo, y reformar la vida brutal de los pueblos. Sino, vengamos à cuentas y preguntemos à la experiencia, qué era lo que el mundo habia adelantado bajo la enseñanza de los Filósofos?

 ARTICULO III.

LOS FILOSOFOS NO PENSARON
 en efecto en hacer felices à los hombres, sino en ser admirados por ellos.

Nada era mas importuno ni mas inutil para reformar à los pueblos, que el método y designios que ocupaban el ánimo y escuelas de los Filósofos. Nunca tubieron estos algun empeño en que los hombres conociesen ni aun aquellas verdades, que ellos habian alcanzado. (1) „ El

G 2

(1) L'orgueil, la vanité, l'amour propre, & non celui de l'humanité fonderent la Philosophie. Si ceux qui la profeserent, avoient aimé sincerement leurs semblables; s'ils n'avoient eu d'autre but que de les éclairer & de les former à la vertu en leur communiquant la vérité pure.... Mais ce qui prouve bien d'avantage le peu d'intérêt que les anciens Philosophes prenoient au bonheur des hommes, c'est que la honte, ou la crainte les empechoient de publier

XXXV.

Qué remedios habia destinado la Filosofia à todas las dichas necesidades? Otras miserias aun peores.

XXXVI.

La vanidad y el orgullo fueron las alas sobre que voló la Filosofia, pero no la humanidad, ni el amor à los pueblos.